



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La unidad latinoamericana
no es una utopía

Autor: Aguilar Monteverde, Alonso

Forma sugerida de citar: Aguilar, A. (1999).
La unidad latinoamericana
no es una utopía.
Cuadernos Americanos, 3(75),
26-39.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 75, (mayo-junio de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La unidad latinoamericana no es una utopía*

Por *Alonso AGUILAR MONTEVERDE*

Asociación por la Unidad de Nuestra América, México

LA II CUMBRE SOCIAL a la que asistimos, y que ha sido posible gracias al esfuerzo de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT) y al apoyo de otras organizaciones, es una importante reunión que tiene como principal propósito contribuir a acelerar la puesta en marcha de la Comunidad Latinoamericana de Naciones (CLAN). Su objetivo es sin duda ambicioso pero viable, y correcta la ubicación que de él se hace, pues dicha comunidad se concibe no como algo meramente formal y menos todavía que surja de una decisión autoritaria que se tome y transmita de arriba abajo sino, como se expresa en la convocatoria, que resulte “del proceso de integración comunitaria de los pueblos de América Latina y el Caribe”.

Según esta concepción, la comunidad de nuestros pueblos se forma desde el seno mismo de cada nación, a lo largo de un proceso histórico que se desenvuelve desigualmente. O sea que sin una comunidad interna o nacional, la regional o propiamente latinoamericana —vista sólo desde fuera— sería artificial, muy difícil y aun imposible. Lo que no implica desconocer que, dado el carácter dialéctico de dicho proceso, la acción a escala regional esté llamada también a desempeñar un papel muy importante en la activación y estrechamiento de las relaciones entre nuestros países.

Seguramente no faltarán quienes, ganados por el escepticismo y aun el derrotismo, aleguen que la unidad latinoamericana es una vieja e irrealizable utopía, una mera ilusión. Mas esto no es cierto. La comunidad de nuestras naciones es un caro anhelo de los libertadores y un viejo proyecto no fácil de convertir en realidad, y a la vez es algo que ya existe, es decir un proyecto en proceso de desarrollo que resulta de raíces históricas y rasgos culturales comunes, y hoy en día es incluso una necesidad y una respuesta a los

* Intervención en la II Cumbre Social Latinoamericana, Santiago de Chile, 1º al 3 de abril de 1998

nes, y hoy en día es incluso una necesidad y una respuesta a los retos de un mundo que se internacionaliza con rapidez y de una globalización neoliberal ante la que, según algunos, sólo cabe subordinarnos pasivamente, y también es la meta y el punto de partida de una positiva interacción de Nuestra América, que nos permita desarrollarnos como no lo logramos hasta aquí.

Para ver todo ello con más claridad conviene comprender en qué consiste la Comunidad Latinoamericana de Naciones y cuáles son sus principales objetivos. En una reciente Declaración Conjunta del CELAM, el Parlamento Latinoamericano y la CLAT, se señala que dicha Comunidad intenta:

asegurar la solidaridad de nuestras naciones y su participación protagónica en el Nuevo Orden Internacional; ser marco jurídico para asegurar la convergencia de los procesos y actividades integracionistas, procurando que el rico patrimonio institucional, regional y subregional, pueda adaptarse y convertirse en algunos de sus órganos clave que den sustento a la Comunidad [y] al desarrollo equilibrado de nuestros países en lo económico, lo social y lo ecológico [y en fin] que asegure mejores condiciones para nuestros pueblos [...] una ciudadanía latinoamericana, el respeto a los derechos humanos [y] la recuperación de nuestra rica identidad cultural fundada sobre valores éticos y morales.¹

Permitaseme subrayar y hacer una rápida referencia a varios de esos objetivos.

— La solidaridad de nuestras naciones y el hacer posible que, en vez de actuar cada una de ellas de manera aislada y débil lo hagan en conjunto a escala mundial, no es un asunto de poca monta. Hoy en día es la condición de su desarrollo y la única manera en que pueden realmente hacer oír su voz, ser tomadas en cuenta por los países más poderosos, alterar la actual correlación de fuerzas y ejercer legítimamente sus derechos; es la diferencia entre la debilidad y la fuerza, entre una derrota inevitable e innecesaria y una posible victoria que abra nuevas perspectivas que nos permitan avanzar.

— La CLAN aspira a ser también el marco jurídico que no sólo encuadre sino que impulse la acción conjunta de nuestros pueblos y que dé vida a un nuevo derecho que rebase las leyes tradicionales y sea la base de un nuevo orden institucional que eleve el nivel de

¹ "Declaración Conjunta CELAM, Parlatino, CLAT", *Cuadernos de Trabajadores* (México, CENPROS), núm. 17 (1997), pp. 65ss.

organización y sea capaz de responder a los retos que el siglo que está por abrirse plantea.

— La búsqueda de cierto equilibrio entre los diversos componentes del desarrollo, lo sabemos, no es fácil ni se ofrece por tanto como si ese equilibrio estuviese garantizado con sólo conjugar esfuerzos y unirse; pero en un momento en que la inestabilidad se acentúa y los desajustes de todo orden se multiplican, es importante que echemos mano de todos nuestros recursos para lograr cierta estabilidad, junto con un desarrollo que en verdad contribuya a que las condiciones de vida de nuestros pueblos sean mejores.

— Aspirar a ser ciudadanos del mundo es algo todavía irrealizable para millones de personas. Pero intentar ser ciudadanos no sólo de cada uno de nuestros países sino de la gran patria de todos, esto es, tener una ciudadanía común latinoamericana, es viable e importante para sumar fuerzas y enriquecer el potencial de energía y recursos a nuestro alcance, y lo mismo podría decirse del propósito de recuperar y reafirmar nuestra identidad cultural, no volviendo atrás por temor al cambio, sino rescatando y reforzando valores fundamentales, pues no será el aislamiento ni refugiarse en el pasado sino la capacidad para insertarnos en el mundo de hoy de mejor manera y con mayor conciencia de lo que ahí se juega, lo que nos permita obtener lo que legítimamente reclamamos.

La Convocatoria y el Temario de esta II Cumbre Social invitan a examinar múltiples, complejas y fundamentales, cuestiones. Y aun sin tener las respuestas quisiera comentar algunas de ellas, después dar cuenta de las posiciones de la Asociación por la Unidad de nuestra América (México), a la que represento en esta Conferencia, y expresar algunas opiniones e inquietudes personales.

De los cinco puntos sugeridos para el debate podría decirse que:

1) Actualmente están en marcha varios esquemas de integración regional que se desenvuelven de manera desigual y ante obstáculos no fáciles de rebasar. En términos generales, en ellos predomina una visión económica principalmente comercial, que desde luego no podría llevar, por el mero desarrollo natural y gradual del proceso integrador, a una Comunidad Latinoamericana de Naciones. Para alcanzar esta meta decisiva en la búsqueda de la unidad sería necesario reorientar, ampliar, enriquecer y llevar más lejos —a planos propiamente estructurales— el proceso de integración, o sea ir a los problemas de fondo y no quedarse en lo meramente comercial.

Y ello por fortuna es viable aunque requiere de una nueva estrategia de desarrollo y de una diferente, amplia, plural y vigorosa, constelación de fuerzas políticas capaz de llevarla adelante con éxito.

2) Como se sugiere en el punto 2 del Temario de esta Cumbre, la CLAN tiene un rico contenido social que se resume en la necesidad de un “nuevo tipo de desarrollo social y humano”, de un desarrollo basado en la solidaridad y la justicia, como condiciones para superar la pobreza y la exclusión y para asegurar un nivel de vida digno para todos. Y lo que parece claro es que mientras el desarrollo se vea como algo fundamentalmente mercantil en que todo se compre y se venda, lo social se relegue a un plano secundario e incluso algunas veces se ignore, y el hombre sea un objeto más en el mercado y no el sujeto o protagonista central de la historia, aun los más altos valores serán despojados de contenido y significación.

3) Los aspectos económicos de la CLAN son también importantes. Acerca de ellos cabría reiterar que, como se sabe, la onerosa y en rigor impagable deuda externa entraña una carga insostenible para nuestros pueblos y reclama ser renegociada y en muchos casos incluso condonada, a fin de que las enormes sumas de dinero que hoy se pagan por ella sirvan para incrementar la inversión productiva, estimular el desarrollo y mejorar las condiciones de trabajo y de vida de millones de hombres y mujeres.

El neoliberalismo, de ello no cabe duda, ni resuelve ni resolverá nuestros más graves problemas; en rigor está siendo un remedio peor que la enfermedad que pretende curar. Ante el desempleo creciente y ya masivo, inclusive en los países industrializados, se requiere con urgencia crear nuevas fuentes de trabajo. Sostener que no hay alternativa y que sólo puede hacerse lo que se hace, por fortuna es falso e inaceptable. Los patrones de desarrollo imperantes son cada vez más ineficaces para promover la inversión y el empleo, y aun destructivos de la naturaleza y de nuestros más caros valores culturales y humanos. Desde luego que hay alternativa; pero lo que también es cierto es que construirla es todo menos una tarea sencilla.

4) La educación, la cultura y la ética son esenciales en la CLAN. Son inclusive algunas de sus formas de expresión más características y, a la vez, condiciones del desarrollo. Los profundos cambios que hoy vivimos son desafíos a los que es preciso responder, y a menudo hechos que atentan contra nuestra identidad cultural. La educación y la capacitación son indispensables para que,

tanto los trabajadores en activo como los desocupados puedan utilizar la nueva tecnología e insertarse o reinsertarse en las cambiantes formas de organización y las nuevas actividades. Y como señala el Temario, el trabajo humano, no el comercio ni el mercado, deben ser centrales en la construcción de la CLAN y de una nueva sociedad.

5) El énfasis en lo cultural, lo social y lo propiamente humano en el proyecto de la CLAN no obedece a un "culturalismo" que deje de lado y aun menosprecie lo político, o que se aparte de la realidad de espacio y tiempo en que nos movemos. La CLAN es una respuesta política e histórica a la globalización capitalista y neoliberal, que permita aprovechar mejor el potencial de recursos a nuestro alcance, una respuesta que supone entre otras cosas la democracia y el respeto a los derechos humanos, la activa participación de la sociedad civil y de las más diversas organizaciones y una conducción política en la que los Estados, además de actuar en el ámbito nacional dentro de sus fronteras, lo hagan también en nuevas instancias regionales de alcance internacional, de las que un punto de partida podría ser el Grupo de Río.

Esta II Cumbre, en particular, es una oportunidad para que en vísperas de la Cumbre Interamericana, promovida por Estados Unidos y que en estos días tendrá lugar también en esta ciudad de Santiago, se deje clara constancia de que no será el mercado o el libre comercio, acompañado de una integración hemisférica a la que concurramos subordinados a la gran potencia del norte, el eje de nuestro desarrollo; para resolver los más graves problemas lo que se requiere es reapreciar la situación, actuar sobre las causas reales del atraso y el subdesarrollo, pensar por nosotros mismos, encarar con decisión problemas y obstáculos y entender que el libre comercio, en todo caso, es tan sólo uno de los elementos a introducir en un amplio marco en el que podamos enfrentarnos con éxito a lo que nos impide lograr una situación independiente, democrática, capaz de asegurar empleo estable y mejores niveles de vida. Y ello sólo lo conseguiremos a partir de una estrecha unidad regional que, como ocurre ya en Europa, nos permita conjugar esfuerzos, nos dé la capacidad de negociación de que carecemos y haga posible que podamos resolver los problemas que la propia cumbre de las Américas plantea como fundamentales; esto es la educación, el enriquecimiento de la vida democrática y el libre ejercicio de los derechos humanos, el logro de un desarrollo sostenible, la integración y el combate eficaz a la pobreza.

Algunos puntos de vista de AUNA-México

LA Asociación por la Unidad de Nuestra América (México), organización recientemente fundada a la que represento, parte de un esfuerzo latinoamericano y caribeño y no tiene, obviamente, la solución a los graves problemas antes mencionados. Pero ha empezado a trabajar en favor de la unidad de nuestros pueblos, a partir de algunas ideas iniciales compartidas ampliamente y que en la acción misma aspiramos a reafirmar y enriquecer.

De manera enunciativa y breve recordaré algunas de esas opiniones que espero sean pertinentes y útiles en nuestro debate. Sabemos que muchas de ellas no son nuevas. Pero, a la vez pensamos que en la medida en que siguen sin realizarse, conviene y es necesario subrayarlas porque son vigentes y aun podrían considerarse parte integrante del ideario de la CLAN.

Entre otras, cabría recordar las que siguen:

- No intervención en los asuntos internos de otros países y respeto a su soberanía, autodeterminación e integridad territorial.
- Cese de todo tipo de bloqueo o embargo como medio para resolver litigios entre los Estados.
- Derecho de todos los países, y en particular de los subdesarrollados, a disponer de sus recursos y hacer los cambios en su organización social y política que consideren necesarios.
- Derecho a preparar y capacitar a su población, sobre todo a los jóvenes y a la mujer.
- Derecho de los pueblos a un desarrollo sustentable, a la integración regional y al mejoramiento de sus condiciones de vida, así como a forjar y poner en práctica las estrategias y políticas que mejor respondan a sus recursos, limitaciones y posibilidades.
- Derecho de los pueblos a un nuevo orden económico y político internacional que responda a las nuevas realidades y problemas y establezca un régimen de relaciones justas y equitativas.
- Negociación de la deuda externa y solución del problema que representa un servicio demasiado oneroso e injusto.
- Impostergable necesidad de proteger el medio ambiente y de racionalizar el uso de los recursos naturales.
- Rechazo al intento de imponer a nuestros pueblos un *modelo* de democracia y aun *un modo de vida* forjado en otros escenarios y cuyas raíces históricas y culturales, tradiciones e idiosincrasia, son ajenas a las nuestras.

- Rechazo a toda forma de discriminación por motivos de raza, nacionalidad, sexo, cultura, religión o credo filosófico.
- Reconocimiento de que una genuina democracia, no sólo representativa sino participativa, es necesaria para impulsar y reorientar el desarrollo, lograr mayor independencia y mejorar las condiciones de vida.
- Establecimiento de un sistema internacional de información y comunicación que promueva y amplíe el conocimiento, eleve el nivel de preparación y exprese el respeto a la cultura e identidad nacional de cada pueblo.
- Respaldo a las demandas de democratización de los organismos internacionales y en particular de la ONU.
- Derecho de los pueblos indígenas a un nivel de vida digno a preservar su identidad, su lenguaje, cultura y tradiciones, y a lograr la unidad, progreso y autonomía de sus comunidades.
- Solidaridad con las luchas que libran los pueblos, y en particular los de Nuestra América.

La unidad regional ¿utopía o condición del progreso?

DESDE hace ya varias décadas se habla y algo se hace en nuestros países en torno a la integración regional; pero, sin menospreciar lo que hemos logrado, lo cierto es que estamos muy lejos de haber sentado siquiera una sólida base, a partir de la cual cobre vida una genuina integración.

En un rápido señalamiento —pues un examen riguroso rebasaría con mucho el tiempo y espacio de que dispongo— podría decirse que:

- La integración se ha visto como un esfuerzo que fundamentalmente tiende a crear zonas de libre comercio, o en el mejor de los casos una unión aduanera o un mercado común.
- Aunque a menudo suelen mencionarse otros aspectos o componentes de la integración, hasta aquí sólo o principalmente se ha reparado en lo comercial, o cuando más en lo económico.
- Lo cultural, con todo y ser a veces más importante, ha quedado al margen o sólo es objeto de expresiones declarativas. Y lo mismo podría decirse de ciertos aspectos sociales, jurídicos y políticos.
- Las decisiones al respecto suelen ser formalistas, y no plantean cómo enriquecer el contenido y modificar la calidad de lo que se hace.

— En general no se comprende la estrecha y aun indisoluble relación que en el mundo de hoy existe entre la integración y el desarrollo, y por ello ciertos planteos se antojan lineales o al menos parciales, porque no consideran la dialéctica real de tales procesos y su estrecha y contradictoria interconexión.

— La integración se concibe como algo que puede decidirse verticalmente, de manera autoritaria y gubernamental por excelencia, y sin que en ello participe la sociedad en su conjunto, a través de múltiples organizaciones y conforme a nuevos y más eficaces mecanismos.

— Más que ser parte integrante de una nueva estrategia del desarrollo, las medidas integracionistas son generalmente de corto plazo y aun en cierto modo coyunturales.

— No pocos países participan simultáneamente en varios esquemas de integración de diverso alcance, sin que ellos mismos tengan claro y bien establecido el uso que pretenden hacer de cada uno de ellos y la mejor forma de combinarlos.

— Los países industriales, y sobre todo los más poderosos, actúan con juntamente, en tanto que los subdesarrollados y económicamente débiles, lo hacen en forma aislada y casi siempre de manera bilateral.

— La unidad regional, o sea, más allá de las fronteras de cada país, lejos de lesionar nuestra soberanía es hoy necesaria para preservarla y para fortalecer el Estado-nación.

— La unidad latinoamericana y caribeña no pretende aislarnos del mundo del que somos parte, intenta tan sólo contribuir a que nuestros países puedan insertarse en la nueva división internacional del trabajo en condiciones menos inequitativas y mejores que las actuales.

— La unidad, sin excluir una competencia que respete ciertos principios, estimula la cooperación y permite convertir lo que sin ella podría desembocar en una guerra comercial abierta y lesiva para todos, en un esfuerzo por la paz, el progreso y el bienestar.

— “La realidad de hoy no es la de antes. Plantea nuevos retos que obligan a proceder de nuevas maneras. Si aun países con grandes diferencias entre sí, actúan conjuntamente, Nuestra América, que en general tiene raíces históricas, tradiciones, valores culturales y formas de vida análogas, seguramente puede convertirse en una nueva y vigorosa comunidad regional, e incluso en lo que hoy se denomina ‘Comunidad Latinoamericana de Naciones’. Pero ello no lo logrará la casualidad, ni el mercado de manera espontánea ni

las conservadoras políticas neoliberales hoy en boga. La unidad será fruto de esfuerzos conjuntos y deliberados, de nuevas estrategias y de la decisión de enfrentarse resueltamente a los obstáculos que se oponen a ella".²

Tanto por lo que no se ha hecho como por lo que se ha hecho mal, algunos menosprecian la integración y aun la consideran inviable y utópica; AUNA-México no comparte esa opinión. Nuestra unidad no es una utopía; es posible e incluso ha llegado a ser una necesidad histórica. Lo utópico es creer que aislados, dispersos y débiles, nuestros países resolverán sus más graves problemas.

— La integración puede y debe tener un papel muy importante en la causa de la unidad; pero no aislada ni circunscrita a aspectos económicos y, menos todavía, meramente comerciales. Integración y desarrollo son ya inseparables y se requieren mutuamente. Tanto una como el otro son multifacéticos, y sus componentes económicos, tecnológicos, jurídicos, socioculturales, políticos y aun morales, son todos importantes y se entrelazan estrechamente. — Ni la integración ni el desarrollo podrán resultar del libre comercio o de la acción espontánea del mercado. Aun siendo éste un mecanismo importante en la asignación de recursos, para utilizar éstos mejor y para hacer progresar nuestras economías, es preciso contar con políticas adecuadas en cada campo, con políticas que se inserten y sean parte de una estrategia de desarrollo que oriente e impulse el proceso de cambio, y que a largo plazo libere a nuestros pueblos de la pobreza, el atraso, la dependencia y el subdesarrollo.

Una opinión personal, a manera de colofón

DE pocas cosas se habla hoy tanto —y a menudo tan apologéticamente— como de la mundialización y la globalización. Una y otra vez se repite que si nos insertamos en ese proceso, las cosas serán más fáciles y mejores que hasta ahora. Pero en tales planteos se ignora, se deja de lado y aun se da por resuelta, la crisis global que desde hace años aqueja al mundo.

La economía internacional vivió una era de expansión y de prosperidad desde la Segunda Guerra hasta principios de los años setenta. Desde mediados de esa década, en cambio, si bien ciertos países siguieron creciendo y algunos —como China— lo hicieron

² *Cuadernos de Información* (México, AUNA), núm. 1 (1995), pp. 12-13.

incluso con mayor celeridad, se multiplican los signos de inestabilidad, inflación, especulación, endeudamiento, caída de la actividad económica, desempleo, extensión masiva de la pobreza, drogadicción, inseguridad, corrupción, violencia y descomposición de viejos sistemas políticos e institucionales. Todo lo cual da cuenta de una profunda y persistente crisis, distinta por cierto de las previas, y ante la cual resultan ineficaces las medidas intervencionistas y los mecanismos reguladores empleados con anterioridad.

Pues bien, cuando nos planteamos el problema de cómo avanzar, cualquiera que sea el alcance de lo que se proyecta, lo primero es saber de dónde partimos, es decir qué terreno pisamos. Por ello es fundamental comprender que acaso padecemos la crisis más profunda y compleja desde la primera Revolución Industrial, a fines del siglo XVIII. Y que si no tenemos clara conciencia de ello y de lo difícil que es superarla, resultará ineficaz mucho de lo que hagamos y careceremos de una base y un punto de partida desde los cuales podamos proyectar y realizar exitosamente acciones de largo plazo. Y aunque la política neoliberal ha logrado en ciertos casos contribuir a elevar la tasa de ganancia y de crecimiento económico, ello se ha hecho con un enorme costo social a cambio de una creciente explotación de los trabajadores, reduciendo la demanda sobre todo interna y sin que lo hecho logre impulsar el proceso de acumulación de capital y de desarrollo.

— Además de crear conciencia en torno a la crisis y a la realidad en que nos movemos, es asimismo necesario que se comprenda lo que el proyecto unitario y concretamente la Comunidad Latinoamericana de Naciones representan. Si no logramos que ello quede bien claro, que se entienda su viabilidad e importancia así como la coherencia de sus metas y los medios para alcanzarlas, corremos el riesgo de que mucha gente se confunda y de que, desde posiciones ideológicas infundadas pero hostiles se tergiverse lo que intentamos hacer y sea casi imposible movilizar a las fuerzas que se necesitan para lograrlo. Una genuina integración regional, y no digamos la comunidad de Naciones a que se aspira, no son actos aislados sino complejos y casi siempre largos procesos.

— Aun entre quienes comprenden la significación y la utilidad de una Comunidad Latinoamericana de Naciones, a veces se deja la impresión de que si bien hay problemas por resolver y obstáculos por superar, lo que no queda clara es la dimensión de unos y otros. Por ello es importante que procedamos con la mayor objetividad, y entendamos que el proyecto de crear esa Comunidad tropieza

con grandes dificultades. En forma meramente enunciativa cabría recordar que son obstáculos reales la incomprensión todavía presente de la unidad y su viabilidad e importancia; lo son también la inercia, la rutina y el aislamiento, así como la dispersión, el escepticismo y la tendencia a subestimar lo que otros hacen. Lo es desde luego la profunda dependencia que padecemos de los países más poderosos y de sus ideas, y desde luego la actitud derrotista de que poco o nada podemos hacer frente a quienes nos dominan. Lo que quiere decir que si hemos de avanzar en el intento de crear la Asociación Latinoamericana debemos saber cómo fortalecer la causa de la unidad en todos los campos.

La tarea de unir a Nuestra América no es exclusiva de nadie. Y si lo que en ella se busca es el bien de todos, ésta no es sino una forma de decir que también se requiere el esfuerzo de todos. El neoliberalismo ve a los trabajadores y sus justas demandas como un obstáculo al libre comercio o al menos como algo secundario de lo que puede prescindirse. Lo cierto es que los trabajadores en su conjunto representan la principal fuerza en favor del cambio y de un esfuerzo genuinamente comunitario, de ahí que su inclusión sea necesaria para poner en marcha con éxito una nueva estrategia de desarrollo e integración regional.

Pero la incorporación de los trabajadores a un nuevo proyecto social no es fácil. La mayor parte de ellos no están organizados sindicalmente o de otras maneras; incluso los organizados no comprenden a menudo lo que acontece ni tienen claridad respecto de qué hacer, y los cambios tan profundos que ha sufrido la composición de la fuerza de trabajo vuelven difícil saber quiénes son hoy los trabajadores y cómo podrían integrarse en la cruzada unitaria que se requiere para afirmar nuestros valores regionales y avanzar. Y lo que es obvio es que al pensar en los trabajadores no podemos limitarnos a los obreros y los campesinos, sino que es preciso incluir a muchos otros asalariados, a amplios segmentos de las capas medias, a quienes se ganan la vida en la economía informal y aun a quienes trabajan por su cuenta.

Si bien hablamos a menudo de valores comunes que no son meras palabras, lo cierto es que hemos vivido en Nuestra América alejados unos de otros por la geografía, la historia y la incomunicación; y aunque con frecuencia se subraya que vivimos en la era de la información y el conocimiento, la realidad es que incluso en campos fundamentales prevalecen la desinformación y el desconocimiento. Por todo ello es preciso crear conciencia en las capas

más amplias en torno a lo que pretende hacerse, pues la Comunidad de Naciones tiene que surgir y cobrar vida de abajo hacia arriba, en el seno mismo de la comunidad y desde la base de la sociedad. Es necesario que se comprendan las ventajas de la unidad y que ellas no serán fruto de arreglos cupulares sino de un cambio profundo, en rigor propiamente histórico, no fácil de lograr. Y saber que diversas formas de cooperación y de integración pueden ser avances y aun vías para crear la Comunidad Latinoamericana de Naciones.

— El cambio no se hará de la noche a la mañana ni será fruto de las circunstancias. Los neoliberales reiteran dogmáticamente que no hay alternativa y que lo que ellos hacen es lo mejor y aun lo único posible; la verdad es que tendrá que construirse una nueva estrategia que haga posible la transformación, una estrategia que se apoye sólidamente en la realidad, que en sí misma se conciba como un proceso y no como un acto momentáneo y aislado, que sin dejar de rescatar lo que sea vigente y útil no intente volver al pasado sino que se apoye en el presente y proyecte hacia el futuro, y desde luego que no se proceda en actitud ecléctica y pragmática sino que se utilice una buena herramienta de análisis que permita elaborar una guía teórica, que a partir de la experiencia, oriente y permita formular una visión del desarrollo a largo plazo.

El neoliberalismo no es una estrategia o siquiera una política de desarrollo digna del nombre, sino un acto de fe en el funcionamiento espontáneo y anárquico del capital y del mercado.

El mero antineoliberalismo o incluso el desarrollismo intervencionista defendido por los viejos liberales tampoco es una estrategia alternativa; como no lo es el que, en planos convencionales, nos pronunciemos por crecer en vez de no hacerlo, por el empleo en lugar del desempleo y por la inversión productiva en vez del desperdicio y el gasto improductivo, sin que se precise cómo hemos de lograr lo que pretendemos.

Acaso la primera dificultad para trazar una nueva estrategia consiste hoy en que, más que un acuerdo estrecho —y a veces incluso dogmático— en el seno de un grupo cerrado o de un pequeño segmento de la población, lo que se requiere es hacer coincidir a fuerzas amplias y heterogéneas. El trazo y ejecución de una estrategia de desarrollo a largo plazo no es hoy tarea exclusiva de uno o varios partidos, que excluyan a otras organizaciones y a los ciudadanos no organizados, ni tampoco un quehacer ajeno a los partidos. Tan sólo la crisis, el avance tecnológico y la reorganización de las empresas y procesos económicos han hecho que

aun los trabajadores, lejos de ser un contingente más o menos cohesionado y homogéneo, sean muy diferentes y no tengan clara conciencia de sus intereses comunes. Y aunque son muchas las organizaciones, y muchos más los ciudadanos cuya participación es necesaria para hacer posible el cambio, la verdad es que no son pocos los prejuicios, la incomprensión y la tendencia a menospreciar lo que en conjunto podemos hacer y lo que ciertos elementos —como por ejemplo, el movimiento sindical y en particular el nuevo sindicalismo que empieza a abrirse paso— pueden aportar.

Acaso entre la gente no organizada de capas medias es en donde a menudo menos se comprende la importancia del movimiento sindical, y donde desde posiciones liberales individualistas tiende a considerarse que el pensamiento y la acción aislados son la principal condición del cambio. Y aun entre trabajadores organizados, con frecuencia persisten viejas posiciones que se expresan sobre todo en ciertas demandas salariales o en general reivindicativas, que no comprenden la profundidad de la reestructuración en marcha ni la necesidad de un nuevo sindicalismo independiente, que tenga una amplia proyección social.

— Otra cuestión muy importante que casi siempre queda de lado o en un plano secundario, que se da por supuesta y a la que incluso no se hace referencia expresa, es el papel que en el trazo de una nueva estrategia de desarrollo e integración se asigna al capital nacional y concretamente a las grandes empresas.

Según algunos, si bien la empresa pequeña y mediana no es ya la principal por lo que hace a producción, inversión y ventas dentro y fuera del país, sí lo sigue siendo como fuente de empleo porque es la que ocupa un mayor número de personas. Al respecto conviene tener presente que en México, por ejemplo, y quizás ocurre algo similar en otros países, en los años noventa es ya la gran empresa la que da mayor ocupación, aun sin contar a las pequeñas y medianas que se insertan en las redes de las grandes, dependen de ellas y participan como proveedores o de otras maneras.

Por ello, sin menoscabo de las empresas pequeñas y medianas, a las que no debiera menospreciarse pero tampoco exaltarse desde posiciones convencionales, lo que hoy es especialmente importante es tener claro el papel que corresponde a las grandes, cuya significación es cada vez mayor en campos económicos fundamentales y que, vinculadas con frecuencia de una u otra forma tanto al Estado como al capital extranjero representan la posibilidad de que el capital nacional y regional latinoamericano se haga cargo, no sólo en

los países de origen sino en otros, de inversiones sin las cuales la integración y el desarrollo serán insuficientes y débiles.

— El acuerdo que hoy se requiere para una estrategia regional eficaz rebasa las fronteras nacionales y tiene, por tanto, al menos en ciertos aspectos, un carácter multinacional. Y, por otra parte, supone avances democráticos que permitan ampliar y renovar las estructuras de poder y hacer posible que en vez de una minoría autoritaria sea la mayoría de los ciudadanos la que en una democracia participativa y en ejercicio de su soberanía tome realmente las decisiones fundamentales.

Nada de lo que se haga a partir de aquí será la repetición de lo que ya se hizo, y mucho menos de lo que ya fracasó. Desde luego no estamos ante el fin de la historia; pero aun convencidos de que mientras haya vida habrá historia y una perspectiva de progreso, sabemos que vamos hacia un futuro incierto y difícil, desde una situación inestable y compleja y en buena parte nueva y desconocida, y que nos movemos en una correlación de fuerzas desfavorable, que aconseja trazar líneas programáticas, estratégicas y de acción amplias, capaces de atraer a fuerzas plurales y heterogéneas, y que pese a sus contradicciones en gran parte secundarias, se unan en la diversidad, y por encima de sus discrepancias puedan actuar conjuntamente, superar los obstáculos más tenaces y triunfar.

Que quede claro: el proyecto de la Comunidad Latinoamericana de Naciones

no se agota con la mera eliminación de aranceles o trabas aduanales. Su objetivo es constituir una comunidad de naciones relacionadas y unidas por lazos geográficos, históricos, religiosos y por un mismo destino y que deben integrarse sólidamente en el ámbito económico, comercial, social, político, cultural, ético y espiritual. Su raíz está en el sueño de Bolívar y de los principales paladines de la independencia política del siglo pasado. Es el proyecto de la segunda independencia de América Latina y del Caribe que completa, profundiza y culmina la independencia política como una nueva forma de independencia nacional, social y cultural no cerrada sobre la geografía de la región sino abierta a todo el mundo [...] Es la mejor [...] propuesta [...] dentro de un inevitable proceso de interdependencia globalizante, pero apostando a un orden mundial distinto, no sólo más libre y democrático, sino más justo, más solidario [...] América Latina constituida en la Patria Grande, tiene mucho que aportar para este nuevo mundo.³

³ Emilio Máspero. "Mundialización, Globalización y la Patria Grande Latinoamericana", *Cuadernos de Trabajadores* (México), núm. 17 (1997), p. 17